

# LIBROS DE LA SEMANA



Por el juego con el multicolor de los elementos naturales, por ese encuentro y reencuentro del hombre consigo mismo, en las múltiples facetas de la vida, merece este Vicente Gerbasi el mismo calificativo de "cósmico" con el que Concha Zardoya definió a la personalidad poética de Walt Whitman. En la poesía de Gerbasi, como en la del poeta de West Hill, todo ese enjambre maravilloso de colores, de sonidos, de luces, que bordan la vida campesina, luego de una síntesis admirable, toma un sitio en la textura del verso. En veces, se nos presenta como un "naturalista", a la manera de Zola; en otras, nos da la imagen de un "impresionista" de la poesía. Así como Paz Castillo cuando pinta —(poeta-pintor, lo llama Rafael Angel Insaurt)— las lucecillas de las casas, el sonido de los árboles, y, muy especialmente, cuando llega a

aprehender esa hermosa impresión que causa la hoja cuando va sesgando el agua (algo así como los remolinos que produce la piedra al ser lanzada a un estanque), Vicente Gerbasi se sumerge en el mundo mínimo, en el más leve resplandor de una lámpara, en la más imperceptible estridencia de una cigarrilla, para afilar al mundo de la poesía con toda una obra bien zurcida, pues para ello tiene una sensibilidad extraordinaria y una capacidad creatora prodigiosa.

Hoy llega hasta nosotros esta última obra suya, "por arte de sol", en una bien cuidada edición del Grupo Fuego. Una vez más se afirma la indiscutible personalidad artística de este poeta que hoy hace peregrinajes diplomáticos por las tierras del sur. Con un lenguaje acendrado, sumamente alambicado, Gerbasi nos entrega un manojo de impresiones sobre la

vida campesina, unido a un cúmulo de poemas que versan con temas varios: temas que van desde la alegría hasta la muerte. Algo que debiéramos recalcar es la capacidad de síntesis, la encima de la facultad de hilar, como en una rueda musical, todo ese turbién de imágenes que se avillan en la imaginación del poeta. Así, desde el esguince profundo, hondo, filosófico, que aparece en poemas como "Al pie de un árbol en la Noche", cuando nos habla de nuestro oscuro origen "en el tiempo primero de los astros | en el fuego, en el barro ardiente, | en el nacimiento del agua". (gran similitud con la temática de "Mi Padre, El Inmigrante"), o cuando en el poema "Muerte y Alegría", después de hablarnos del hombre, de su quehacer inconsciente, de su marcha hacia la muerte, nos dice: "...oigamos las maderas de las guitarras que pudieron ser ataúdes..." Y luego..., fuego es la superstición, ese "humo espectral del verano", que une lo próximo y lo lejano en "vasto hastío", ese submundo de leyendas y consejas en el que la imaginación del pueblo suelta sus caballos nocturnos, su dardo de silencios; en ese submundo donde las mariposas negras, prendidas a los techos, inmóviles por mucho tiempo, "hasta el advenimiento de las lluvias", y donde, después de la cacería, "pasó el brujo que vive en la montaña... | y nos pidió el corazón de un conejo negro". Pero hay un tópico, hay un tópico que en Vicente Gerbasi, como en muchos poetas venezolanos, es fuente de inspiración de muchas obras: la infancia. Para Vicente Gerbasi, la infancia es el camino más limpio, más claro, para llegar a su Canaobá, a ese Cañoabó de sus primeras correrías, en las que atisaba o el tropismo de las plantas, y el mimetismo cromático de las iguanas y las cerbatanas. Allí su vida recomenzaba como un nuevo canto. Por eso nos habla, en una mixtura de recuerdo e impresión, de las letras que se oyen en la escuela, "como piedras pulidas por el río", de los días que comienzan "enrollando una zaranda", "contemplando los dibujos de los silabarios", o entre las mujeres "que van a buscar agua en vasijas de tierra morada". Así, múltiple, infinitamente múltiple, es la poesía de Vicente Gerbasi. En esta nueva obra se afirma la capacidad protéica de este vate venezolano. Saludamos en ella una de las mejores creaciones de este poeta, hoy, "poeta-diplomático".

CLAUDIO ROJAS WETTEL

RAQUEL BANDA FARFÁN

*Cuesta abajo*

novela



LOS PRESENTES, 71  
EDICIONES DE ANDREA

RAQUEL BANDA FARFÁN:  
"Cuesta abajo". Novela, 211 págs. Ediciones de Andrea. N° 71 de la Col. "Los Presentes". México, 1958.

En toda obra de imaginación hay que considerar, fundamentalmente, forma y fondo; es decir, superficie y honda, trama y drama.

En cuanto a forma—estilo, manera, técnica novelística—, "Cuesta abajo", de la mexicana Raquel Banda Farfán, creo corresponde o se entronca, más que con el realismo criollo, con el naturalismo crístico. El naturalismo, como género literario, es como la cara pesimista del hombre. Para describir o mostrar esa cara—no en su fulgor, sino en su horror—, la autora se sirve de un lenguaje sencillo, asíz directo, en el que por lo común la sintaxis resulta claramente apurada. Su forma, como la de Teodoro Dreyser—distancias aparte—, en una forma informe; su estilo, la carencia de todo estilo. Mas esa carencia de estilo implica una técnica. Y esa técnica le hasta para "mostrar" la falta de sentido de la vida, la utilidad de la vida.

La novela de Banda Farfán se desarrolla en los extramuros de la ciudad de México. Se narra en ella, sin piedad pero sin tremedismos, lo que acontece en un mundo compuesto de luxuria y alcohol, de miseria y alcohol, de suciedad y alcohol. Un mundo formado por barracas y muladeres. Allí viven ratas hamrientas. Y perros sarnosos. Y muchachitos tan hambríen-

tos y tan sarnosos como los perros y las ratas. "Todo aquello—escribe la autora—se levantaba como sobre el corazón de un mundo olvidado."

La vida es para Raquel Banda Farfán—no obstante todo aquello de la fe de la levedad de la esperanza—como un piso negro. Un lodazal donde todo acaba por ensuciarse, agostarse y desmorirse. No hay en su palabra desamor hacia los desheredados y los desposeídos; pero hay un desdén hacia su embrutecimiento, inconsciencia o degradación que ella aborrece, pero que no ve forma humana de superar.

En toda la novela prevalece una especie de horror no hacia el hombre común, sino hacia el hombre.

Banda Farfán, desde luego, no inventa nada. Todo de lo que había posiblemente existe; mas no es sólo lo que existe. Ella no erige un mundo de glorificación, sino de denuncia. Pero su vocación de muerte aquí, en esta novela, es infinitamente superior a su vocación de vida.

El nudo del relato es por demás sencillo. Tendrá que titularse "La desventura de dos huérfanas" o "Los infortunios de una madre". Todo acontece ahí implacablemente. Todo es tramado por una fuerza ciega, biológica, terrible. O todo depende del azar, del infortunio, de la fatalidad. En todo, en suma, está la mano fría del destino.

Los dos personajes más nobles son Gabriela y Homero. Gabriela defenderá su pureza a dentelladas con el hambre; pero, fuera de ahí, no luchará. Porque si el mundo habrá convertido para ella en un amontonamiento de cosas y seres cuya razón de ser nadie conoce, "para que se mantenga tanto si tarde o temprano hay de llegar la muerte". "Para qué perseguir esto o aquello si nada es duradero?".

Homero, debatiéndose entre el amor y el deseo, entre el querer y el deber, "se atormentaba, se juzgaba, analizaba su vida. Hacia adelante veía sólo un sendero de remordimientos". Finalmente, incapaz de soportar por más tiempo la afrenta del vivir, se cortaría las venas, se suicidaría. Mas todavía después de muerto será enfrentado por la maldad o la inconsciencia humana. "No se movía ni abría los ojos—finaliza Raquel Banda Farfán—y el hombre lo despojó tranquilamente. Luego fue a su casa a dejar el botín. Un cinturón, tres pesos, un libro de poesía, la chamarra. En la chamarra había una cartera con la vieja credencial de Homero y algunas tarjetas sin importancia. Era una prenda corriente y tenía mucha sangre, pero eso no preocupaba al hombre que después salió calmadamente a llamar a la Cruz. Ya era tarde. Homero había muerto."

PLA Y BELTRAN.